



EL SOLDADO Y LA MARMOTA

Cuento por Juan José Hormigo Bautista.

A principio del siglo XX un soldado extremeño prestaba su servicio militar en Melilla. Su nombre Francisco, apellidos no importa, su profesión civil labrador su edad 21 años y su corazón de oro.

En aquellos tiempos los soldados eran valientes como hoy, pero más románticos que son hoy. Francisco era un muchacho solitario pero afable y simpático.

Se alistó voluntario en el ejército por ironías de la suerte se lo llevaron al Rif. Y allá en Melilla donde estaba su acuartelamiento era tan noble y bueno como siempre desde que tuvo uso de razón lo fue en su pueblo

Era huérfano de madre y padre; los perdió siendo niño. Primero una horrible enfermedad acabó con la vida de su madre, y seis meses después por la pena de verse sin su mujer también falleció su padre dejando en este mundo a su hijito que sólo contaba ocho años de edad.

Desde entonces su vida fue un verdadero calvario, se hizo cargo de él una tía hermana de su padre, que era mujer agria, antipática y cruel. Todos los golpes que se perdían en la casa que así descargaba la tía su mal humor se los encontraba el huerfanito. Asistió a las escuelas públicas que eran gratuitas, lo apuntó su tía, mas porque aprendiera, por librarse de él y así darle menos comida, ya que a veces comía en casa de un compañero por caridad de su madre.

Su tía lo tenía muy mal vestido, la ropa vieja y desechada de otros niños que pedía a la vecindad alegando no poder comprarle ropa por ser muy pobre, pero ella llevaba buenas faldas y abrigos, y también comía las sobras de lo que no querían ni su tía ni su marido

Al cumplir los once años lo emplearon con unos pastores a guardar cabras. Una vez lo denunció un guarda de campo porque se durmió de puro cansancio y se le metieron las cabras en una viña, haciendo daño de mucha consideración. Lo despidieron y como no tenía dinero para pagar la multa lo enclaustraron en un correccional. Cinco años permaneció en dicho centro, cinco años que se libraron de él sus tíos, mejor dicho se libraron para siempre, pues ya no volvió más a casa de aquella infame familia.

Se vio solo, mendigando por la ciudad, dormía en la calle, a veces en algún fonducho y comía la sobras de los cuarteles.

Entró a trabajar de peón de albañil pero no estaba acostumbrado

a trabajo tan rudo, y las manos se le empollaron, como no podía empuñar el pico ni la pala ni otras herramientas lo despidieron. Anduvo de acá para allá, y su techo era de estrellas su plato una lata y su comedor un banco público su comida rancho sobrante de los cuarteles.

Un día le preguntó al soldado que repartía la bazofia, que como entraría él en el servicio, quería ser soldado, al menos en el cuartel tendría una cama, comida diaria y ropa.

El soldado lo miró y le dijo que aquella vida era muy dura, pero claro si estaba en la calle era más dura aun, que entrar a ser soldado era fácil, el se encargaría de hablar por él. Si de verdad quería alistarse en el ejercito que lo siguiera. Y así lo hizo. Aquel mismo día quedó encuadrado en el Regimiento de Infantería de la capital, como soldado de segunda clase..

Melilla ardía por los cuatro costados igual que todo el protectorado español con las incursiones de Adelkrin, guerrillero rifeño y sus partidarios; así que Francisco que no tenia recomendación y era recluta fue con otros transportado en un tren militar hasta la ciudad de Málaga, y desde la ciudad andaluza en un viejo y destartalado vapor, hasta Melilla, donde amaneció un caluroso día del mes de Agosto.

Si dura era la vida en su cuartel, mucho más lo era en el acuartelamiento de Melilla, pero en el poco tiempo que llevaba en el ejercito le caló honda la vida militar y se sentía orgulloso y contento de vestir uniforme y ser un soldado español . Era obediente y sacrificado y aunque no llevaba mucho tiempo era apreciado y considerado por sus compañeros y superiores. Solo le faltaba mujer para ser dichoso y aquella mujer no iba a tardar en encontrarla.

Una tarde finalizada la instrucción para no tardar en enviarlo a la lucha que por el monte del Gurugú se libraba, salió de paseo. Ya hemos dicho que era algo solitario, y aquella tarde fue a meditar en su soledad al parque de la ciudad. Allí entre plantas árboles y flores, entre el trinar de los pajarillos y el revoloteo de mariposas se encontraba feliz. Disponía de algún dinero y un fotógrafo ambulante con una máquina de trípode de las de llamada de minuto sacaba fotografías a niños y niñas que por allí paseaban, y el sintiéndose importante se hizo una foto.- ¡ qué guapo se veía con su uniforme, su ros con penacho y su traje de verano!, si tuviese a alguien a quien mandárselo, pero... no conocía a nadie a sus tíos para que, si nada mas cogerla la rompería en mil pedazos.

Iba paseando alegre y contento, aun le quedaba más de una hora de paseo, cuando al llegar a un arriate aislado donde bajo una enorme acacia existía un banco, y sentada en aquel banco una muchacha como de su edad poco más o menos, era morena clara , su pelo largo color miel y sus ojos negros como el carbón, vestía muy sencilla, y se conocía también era amante de la soledad.

Francisco aunque tímido le echó valor y acercándose a ella le dijo. --Buenas tardes señorita, puedo sentarme con usted. Francisco esperaba un rechazo, pues había oído decir que muchas muchachas rechazaban a los militares sin graduación, a los simples soldados, pero para su asombro aquella mujer le dijo, que bueno, que el banco era de todos y que no le vendría mal un rato de compañía , pues tan sola estaba y tan afligida que así podía contarles sus penas a alguien.

Se sentó el muchacho junto a ella, y empezó a preguntarle que de donde era. Ella le dijo que de un pueblo de España de la provincia de Málaga, y que no era más que una simple "marmota" como solían llamar los soldados a las muchachas de servir .

-- Bueno no importa, yo solo soy un soldado raso y si usted quiere nos podemos reunir aquí todas las tardes que yo disfrute de paseo, hasta que me lleven al frente, luego si quiere puede ser mi madrina de guerra. Yo a nadie tengo en el mundo, soy huérfano de padre y madre, y me he alistado en el ejército para llevar una vida mejor que la que tenía en mi pueblo. Soy tan pobre que nada poseo, y si usted quiere podemos ser amigos.

Lo dijo en tono tan lastimero que aquella muchacha que según sabremos también estaba falta de cariño que sintió lástima de él; por lo que mirándolo a los ojos le respondió

-- Bueno, porque no. Yo también soy pobre y no tengo a nadie en el mundo estoy muy sola, y hasta mi nombre es solitario pues me llamo Soledad.

La tarde declinaba y las horas que tenían de paseo finalizaban, así que aquella tarde no pudieron hablar más, sobretodo Francisco que a la hora de pasar lista debía de estar en el cuartel, y acordaron unirse la tarde siguiente en el mismo lugar y a la misma hora.

Cuando se dieron la mano en señal de amistad y quedar hechos amigos, el soldado sacó del bolsillo de su guerrera la foto que una hora antes le hizo el retratista, y lo entregó a Soledad—mañana lo traes—le dijo—y si me hago de un lápiz te lo dedico.

Los ojos de Soledad se cruzaron con los de Francisco, y aquella espléndida tarde primaveral dos corazones latieron con fuerza, dos mariposas blancas se posaron en un rosal que próximo a los dos "amigos" expedía olor embriagador y los pajarillos en la acacia con sus trinos se declaraban amor, . Amor es lo que nació en los corazones del soldado y la marmota, aquellas dos almas solitarias y apenas por la suerte del destino encontraron la felicidad, pero antes sigamos contando las desdichas de Soledad, es decir Soledad se las contaría a Francisco.

A la tarde siguiente tal y como se prometieron, se encontraron en el aislado arriate de la acacia, un remanso de paz idílica que hacían las delicias de los dos tortolitos.

Francisco llevaba un lápiz y extrayéndolo del bolsillo le pidió su retrato a Soledad. Esta lo extrajo de su bolso y se lo dio. Entonces el militar escribió en el reverso *Para Soledad, la mujer más bonita que he conocido en mi vida, para que lo guarde en su corazón y se acuerde siempre de este pobre soldado, pues puede que no esté mucho tiempo en este mundo. Francisco.* La muchacha leyó la dedicatoria y mirando a los ojos de su novio, pues aquello fue una declaración de amor, se le llenaron los suyos de lágrimas.

--Sentémonos en el banco—invitó ella—Y los dos se sentaron ya muy juntitos, entonces Soledad le dijo. Ya que tú me has dedicado tu foto, mañana me hago yo otro y te lo dedico a ti.

--No, Soledad mejor nos hacemos uno los dos juntos esta tarde, y que nos den dos copias, uno para cada uno, y así estamos siempre juntos aunque sea por medio de un cartón.- Asintió ella, y le pareció muy bien , ya que los dos encontraron el cariño del que siempre carecieron.

--Ahora escucha mi triste historia Francisco y empezó diciendo. Cuando contaba diez años se me murió mi madre, y un año más

tarde mi padre me llevó a una mujer a casa, era mi madrastra, y ya lo dice el refrán Madrastra con el nombre basta. Ella nada hacía, a mi me mandaba todos los trabajos de casa, barrer fregar, hacer las camas la comida y todo lo que de trabajo tiene una casa, ella lo que hacía era salir a la calle a pasear y a misa que era muy religiosa a su manera. Me acostaba rendida, después de cenar me mandaba a fregar los platos, porque era muy limpia, eso decía ella, pero como te he dicho nada hacía, muchas noches a las dos o las tres me despertaba a veces para que le llevara agua a la cama o alguna pastilla porque decía que le dolía la cabeza.

--¿Y tu padre?

Mi padre no veía nada más que por los ojos de su nueva mujer que era bastante más joven que él. La falda que tenía estaba muy desgastada y toda la ropa y en invierno pasaba un frío horrible, en fin yo no era la hija idolatrada, yo era peor que una criada, mucho peor, pues ahora lo soy y no abusan tanto de mí.

Harta de tanto sufrimiento, una noche hice un hatillo con la poca ropa que tenía y me marche de casa sin que nadie me viera. Nadie se preocupó de mi fuga, era para mí madrastra lo mejor, así se libraba de mí,. Aunque por otra parte, ahora no tendría criada gratis y tendría ella que atender a las labores del hogar.

Llegue a la ciudad en un tren de tercera clase, escondiéndome en el retrete y bajos los asientos para que el interventor no me apareara en la próxima estación, ya que subí sin billete. En la ciudad se precisaban chicas para servir, lo leí en algunos anuncios que en algunos escaparates colocaron. Apunte la dirección de uno y temerosa me encamine al lugar indicado. No iba muy limpia el tren me lleno de tizne y como no encontré sitio donde lavarme, no llegué a aquella casa muy presentable, pero me cogieron como criada, se conoce que escaseaban bastante las muchachas de servir, y fue el señor mas que la señora el que quiso que me quedara en su casa. Era comandante de caballería. estuve bastante bien allí, y se me olvidó las vejaciones de mi madrastra. Me trataban y me tratan pues son los mismos señores con los que estoy sirviendo. Como militar lo trasladaron aquí o pidió el esta plaza, eso no lo sé, pero me tomaron tanto cariño que me suplicaron que me viniese con ellos, y aquí llevo unos cinco meses, pero como soy algo tímida no conozco a nadie a fondo solo de pasada, y me gusta estar sola y aquí me has encontrado en este solitario rincón del parque, sola y con mi nombre que aun me hace mas solitaria.

Francisco le limpió con su burdo pañuelo militar una lágrima que resbalaba por su morena mejilla y atrayéndola hacia él la besó en la boca con un beso ardiente, amoroso y apasionado. Ella no opuso resistencia, y así nació el amor entre el soldado y la marmota.

Muchas tardes se amaban en su solitario parterre bajo la acacia verde y blanca que fue testigo de su idilio. Allí, se prometieron ser el uno para el otro, casarse y tener hijos. Francisco le prometió que estudiaría para ser algo en el ejército y, poder mantener a ella y los hijos que vinieran, si una bala rifeña no acababa con su vida, ya que pronto iba a partir con sus compañeros al monte el Gurugú donde diariamente se libraban encarnizadas batallas con los rebeldes del cabecilla Adelkrin.

Una tarde Soledad se quedó esperando a su novio, no acudió a la

cita amorosa vespertina que desde hacía un mes mantenían, y es que al muchacho ya preparado en materias militares y aprendida la instrucción y las guerrillas de mentira, se lo llevaron a las guerrillas de verdad. Soledad se quedó más triste y más sola que nunca. Su única ilusión era la foto que se hicieron en el parque que de tanto besarla tenía velada la imagen. Lloraba sin consuelo, pero también se resignaba y cuando leía las bajas en la lista de capitania general y no aparecía el nombre de su novio era una alegría relativa la que sentía.

En lo alto del monte del Gurugú, Francisco se batía con ardor y valentía, junto a sus compañeros, haciendo huir muchas veces a los moros que atacaban inesperadamente, sin saber de dónde salían. Todos los españoles defendían con coraje aquella tierra, que otros habían conquistado, aunque a decir verdad tampoco le faltaba razón a los rifeños, ya que era tierra suya, pero esto no nos incumbe y vamos a lo que le sucedió al novio de Soledad.

Los hospitales de Melilla estaban a rebosar de heridos, pues todos los días los carros de sanidad llevaban heridos de todos los regimientos que se batían en el monte. Hacían falta enfermeras, mujeres que atendieran a los heridos, por eso el gobierno lanzo una proclama, que todas la mujeres que tuviesen valor y

Quisiera colaborar con las enfermeras de los hospitales de Melilla, y en especial en el Hospital Militar donde tantos heridos llegaban a diario.

Pidió permiso Soledad a su señora, para ponerse de ayudante en el hospital militar, ella tenía la corazonada de que su Francisco la iba a necesitar. Su ama que era muy buena, le concedió la petición siempre que fuese reemplazada por otra. Era difícil encontrar otra muchacha, pues ella conocía a pocas en la ciudad, pero hablando con unas y otras en la calle, logró que una muchacha joven de no más de diecisiete años la reemplazara por un mes. Y aquí en el hospital militar, vemos a Soledad con una enfermera titulada, quitar vendas sucias, y desinfectar heridas llevando a los valientes soldados españoles esperanza y cariño haciéndole mas llevadero sus dolores y sufrimientos.

Una tarde llegaron muchos heridos al hospital. se había librado un fuerte combate en las laderas del monte, los rifeños querían tomar Melilla a toda costa, pero no lo lograron, los valientes soldados españoles derramaron mucha sangre, pero los moritos no tuvieron más remedio que marcharse en retirada después de haber perdido muchos hombres y tener muchas bajas en heridos.

Aquella tarde Soledad, estaba inquieta, nerviosa algo presagiaba. Cuando llegaron los carros con los heridos fue a prestar auxilio inmediato y ¡ay! En aquel carro estaba su Francisco, mal vendado, sucio y chorreando sangre por un brazo. Se abrazó a él manchándose de aquella sangre caliente, la sangre de su amado. El la miro con ojos tristes apenados, y le dijo.

-- Es una herida en un brazo, pero lo tengo destrozado, pues una granada me ha estallado en el, puede que lo pierda, y es el derecho.

Efectivamente el brazo diestro estaba desecho, el remedio era la amputación.

Soledad lloró a lágrima viva, había nacido como él para sufrir. ¿Porqué las almas atormentadas suelen unirse en sufrimiento? Eso

solo Dios lo sabe.

Le amputaron el brazo derecho, era lo más fácil, aquel amasijo de carne sanguinolenta no tenía otra compostura. Dos meses permaneció nuestro amigo Francisco en el hospital, y dos meses estuvo Soledad a su lado, curándole, amándole y animándole.—No te apures- le decía al verlo triste, que si no puedes trabajar si te dan de baja en el ejercito, yo trabajaré para los dos y nuestros hijos, pero ya que Dios ha hecho que nos amemos seremos hasta que él quiera el uno para el otro. —Bella alma la de Soledad.

Pero no causó baja en el ejército, por su heroísmo, patriotismo y valentía fue ascendido a sargento, con escalafón abierto. Como no podía hacer servicio de armas, lo hicieron por orden del general de la plaza encargado de entretenimiento y material, con paga de caballero mutilado por la patria, concediéndole la medalla al mérito militar con distintivo rojo. Podía mantener una familia si no con mucha opulencia si desahogadamente.

Tres meses más tarde, contrajeron matrimonio en la catedral de Nuestra Señora de la Victoria, patrona de la ciudad. Ella con un sencillo pero bonito traje blanco, con su ramo de pureza- lo podía llevar- y él en uniforme de gran gala, con sus condecoraciones y su manga vacía.

Vivieron muchos años felices, pues la guerra se apaciguó, en un pabellón militar del acuartelamiento, le nacieron dos hijos, niña y niño. Francisco ascendió hasta teniente, a pesar de sus pocos estudios, Soledad se encargó de su casa , cuidar a su marido y sus e hijos.

Los niños ya son hombre y mujer, el militar como su padre pero con mas graduación, y ella jefa de las enfermeras del hospital militar.

Vivieron hasta los ochenta y pico de años. Hoy a sus tumbas no le faltan las flores. Todos los días una madre llamada Soledad y su hija del mismo nombre, llevan flores a las tumbas, y allí muchas veces se encuentran con dos Franciscos, hijo y nieto del valiente soldado y la abnegada marmota. Se funden en un abrazo y rezan un padre nuestro por aquellos que le dieron la vida.

FIN

Este cuento tiene ribetes reales, me lo contó mi abuelo que fue soldado en Melilla, cuando el desastre del Barranco del Lobo.

Juan J. Hormigo Bautista- Marzo

2008